

# Productores Forestales en el altiplano Guatemalteco

En Quetzaltenango muchos pobladores se han dado cuenta que sin bosques no hay leña y peor aún; que sin bosques no hay opciones para mejorar su calidad de vida.

Sandra Ramírez



**E**n una región como el altiplano guatemalteco, donde la leña es la principal fuente energética, muchos habitantes están preocupados por el futuro de los bosques. Según los datos que maneja el Instituto Nacional de Bosques (INAB), en Quetzaltenango el 80% de la madera que se extrae es para consumo doméstico.

Por donde quiera que se vaya se observan hombres y mujeres -indígenas y ladinos- que transportan su "tarea" (carga de leña) al hombro o ayudados por algún animal. Caminan entre trillos o laderas y desde grandes distancias con el único fin de traer un poco de leña que les ayude a cocinar sus alimentos y a calentar sus casas durante las frías noches del occidente Guatemalteco.

Aunque no todos están conscientes del riesgo, muchos pobladores de esta región se han dado cuenta que sin bosques no hay leña y peor aún; que sin bosques no hay opciones para mejorar su calidad de vida. Don Santos Chan Pu es uno de ellos. Es un indígena de convicciones fuertes, de luchas constantes y de metas ambiciosas.

"Hace unos años se me metió la idea en la cabeza y todavía estoy luchando. Yo quiero que todos entiendan que sin bosques no hay vida, que no nos podemos desarrollar", asegura.

Así como don Santos, cerca de 300 familias del altiplano guatemalteco se han aglutinado en los últimos diez años en siete asociaciones de desarrollo comunal cuyo propósito es mejorar sus condiciones de vida a través del aprovechamiento sostenible de los bosques de coníferas que rodean sus comunidades.

Ellos son agricultores natos, pero en tiempos recientes han descubierto que el bosque les ofrece algo más que leña. Algunos son propietarios, otros alquilan y otros se conforman con comprar la madera que ocupan para elaborar diferentes productos. Con la materia prima que traen del bosque hacen sillas, mesas, muebles, artesanías y piezas para construcción. Muchos tienen viveros para reforestar las áreas aprovechadas y también para la venta. Con el fin de complementar sus ingresos económicos, algunos han

comenzado a diversificar su producción en productos como pan, artesanías en arcilla, jaleas y otros.

Así, poco a poco, estos 300 hombres y mujeres han conformado con gran esfuerzo siete asociaciones forestales que ya comienzan a darles muchas satisfacciones. Todos pertenecen a comunidades diferentes y distantes entre sí, pero tienen en común dos cosas: su deseo de recuperar las áreas boscosas que hace algunos años disfrutaban y su convicción de que el mejor camino para lograrlo es fortaleciendo sus pequeñas empresas.

La filosofía de este grupo de guatemaltecos es la misma que ha impulsado al Proyecto Manejo y Utilización de Bosques de Coníferas de Guatemala, el cual desarrollan en forma conjunta con el Instituto Nacional de Bosques (INAB) y el Proyecto Forestal para Centroamérica (PROCAFOR) con el financiamiento del Gobierno de Finlandia.

Este artículo presenta la historia de algunas de estas organizaciones: la Asociación de productores agroforestales de Totonicapán (APAT), la Asociación de Areas Forestales de Esquipulas Palo Gordo (AMAF), la Asociación Desarrollo Integral de San Martín Jiloteque (ADISMAJ), la Asociación Agropecuaria y Artesanal para el desarrollo La Guadalupana y la Asociación de Productores Agroforestales y Transformadores de la Madera de San Cristóbal, Buena Vista y Santa Clara La Laguna (AARK). Son historias de éxito, fracasos, luchas y hasta sangre. En esencia, son relatos de seres humanos que luchan por conciliar su existencia con la naturaleza que les rodea.

### Cuidadores del bosque

Don Santos Chan Pú es un indígena quiché de mirada profunda, con la piel morena y la sonrisa amplia de quienes habitan esta fría región. Es el Presidente de la Asociación de Productores Agroforestales de Totonicapán (APAT). En su lengua, la comunidad a la que pertenece recibe el nombre de Tzamixam Totonicapán, un lugar rodeado de montañas y en el pasado, también de muchos bosques. Hoy, en lugar de muchos árboles, lo que se observan son muchos

niños. Hay más de seiscientos pequeños en una comunidad de casi 3000 habitantes.

Cuando se le pregunta a don Santos cómo comenzó la idea de crear la APAT parece volar con el tiempo y de inmediato se remonta a 1991. Recuerda que un grupo de gente de la comunidad se reunió para organizar un comité de vivero forestal. La idea era convencer a todos en el pueblo de que por cada árbol que tumbaran en el bosque debían sembrar por lo menos cinco arbolitos. "Era una forma de evitar que se nos acabara el bosque", asegura.

Aunque no todos parecían aceptar con gusto la idea, el proyecto siguió en marcha. Dos años después, apoyados por las autoridades forestales del país, los indígenas de esta comunidad decidieron hacer un aprovechamiento de salvamento, rescatando del bosque comunal aquellos árboles que ya habían sido tumbados y abandonados. Con su plan de manejo aprobado se dedicaron por varios días a recuperar la madera útil, pero muy pronto esta iniciativa les ganó la enemistad del pueblo. "Solo nos miraban como si nosotros fuéramos a acabar con el bosque", asegura.

La oposición de la comunidad dividió al grupo y las autoridades denegaron cualquier permiso para aprovechar el bosque comunal. Durante cinco años don Santos y su grupo siguieron insistiendo, pero sin éxito. A pesar de ello, consolidaron la agrupación, consiguieron la personería jurídica de su grupo y obtuvieron apoyo de PROCAFOR para- a través de un fondo de crédito revolvente- fortalecerse y comenzar a desarrollar diferentes proyectos productivos.

"Nuestra lucha es como la lucha de sembrar un árbol de fruta: tiene enemigos; los gusanos no lo dejan crecer, siempre cortan la punta, pero con mucho esfuerzo los echamos. Matar los gusanos lleva mucho tiempo", dice don Santos.

Y es cierto, en 1996, el grupo logró construir la sede de su asociación, un taller de carpintería que hoy muestran con orgullo. Todavía falta el equipo básico, pero van poco a poco. Ya tienen sus instalaciones y para complementar sus actividades

han consolidado un grupo de mujeres que perfeccionan la técnica de la artesanía.

Ellas dan forma a la arcilla de colores que la misma naturaleza ha regalado a Tzamixam Totonicapán. "Todavía falta mucho para decir que están listas para entrar al mercado competitivo", dice su instructor, don Santos Bresanain, pero ellos no parecen preocuparse por esto ahora. Como dice el líder del grupo, lo importante es la superación, especialmente en una comunidad donde el 70% de la población es analfabeta.

El empeño ha sido la clave de la supervivencia de este grupo. Los carpinteros ahora deben comprar la madera a otros grupos de APROFOTGUA, (Asociación de Asociaciones de Productores Forestales y Frutícolas de Guatemala) pues el bosque comunal definitivamente está prohibido para ellos. Aún así, siguen trabajando. Actualmente cuentan con un horno para secar la madera y están convencidos de que esto – junto al proceso de capacitación que constantemente viven – será la clave para mejorar la calidad de sus productos.

El énfasis de APAT está centrado ahora en la búsqueda de mercados para sus productos. Han nombrado un gerente de comercialización y gestión, el que comienza a dar sus buenos resultados.

"Ellos han sido capacitados en la gestión de proyectos, saben escribir un proyecto y negociarlo con diferentes entidades. Esta es una de sus principales fortalezas", explica Alan Legrand, Coordinador de Microproyectos forestales de PROCAFOR y quien ha acompañado a los comunitarios en su proceso de consolidación.

### Mujeres del bosque

Siempre en el altiplano guatemalteco, un grupo de mujeres indígenas de la comunidad de Buena Vista del municipio de Santa Lucía Utatlán en el departamento de Sololá, se ha sumado al grupo de productores y productoras que quieren cambiar la historia de esa pobre región. Hace algunos años ellas decidieron dejar atrás la tristeza de la guerra y buscar la alegría en otro sitio. Primero fundaron una panadería y así, amasando con fuerza

durante largas horas, descubrieron que eran capaces de mayores logros. Hoy, producen 40 libras de pan cada tres días pero además de eso han comprado un bosque que están poniendo a producir con igual entusiasmo que el pan.



Doña Rosa Saquic es la vicepresidente de la Asociación de Productores Agroforestales y Transformadores de la Madera de San Cristobal, Buena Vista y Santa Clara La Laguna. Cuando habla de su historia lo hace en quiché, la única lengua que domina. Los traductores convierten al español sus palabras, pero no logran transmitir con ellas el brillo y la intensidad que se denota en el hablar de esta mujer indígena. Hace unos años doña Rosa ni siquiera imaginaba que sería la Vicepresidenta de una microempresa forestal. Eso estaba muy lejos de su realidad, dominada por la tristeza que le dejó la guerra. Su esposo fue secuestrado y desapareció hace ya bastantes años.

Un día, hace ya casi cinco años, se unió a otras 22 mujeres y se entusias-

mó tanto con la idea de ser una mujer productiva, que decidió arrancar de cuajo su tristeza. Todas sus fuerzas las canalizó entonces hacia su Asociación.

A su lado trabajan con igual entusiasmo otras mujeres que en tan solo cinco años han logrado construir hasta su propia sede de trabajo. "Conseguimos un terreno y todas cargamos piedra, arena y materiales para poder construir esta casa. Ahora ya tenemos un horno y nos va muy bien", dice otra de las integrantes del grupo.

"Para nosotras es una esperanza de que vamos a lograr mejores cosas", afirma otra de estas indígenas.

Pero la historia de estas mujeres no se detiene allí. Al principio era sólo el ala femenina de una asociación de productores forestales, pero hoy en día, son el motor de esa asociación.

"Los hombres se cansaron de luchar y dejaron de trabajar. Nosotras entonces decidimos que queríamos seguir con el proyecto", dice Lucía Chavahay, la Presidenta de la Asociación.

Doña Lucía es una mujer bajita, morena, de pelo largo y entrecruzado. Habla cuatro lenguas indígenas y un "poquito de inglés". Cría sola a sus cinco hijos y aún así tiene tiempo suficiente para abrir un espacio a las mujeres de su país.

Y para demostrar que las mujeres también pueden, hace apenas seis meses su grupo consiguió un préstamo y compró un bosque. Ya tienen un plan de manejo y han aprovechado cinco árboles.

"Aquí todo lo hacemos las mujeres. Solo contratamos a un hombre para que cortara los árboles, pero nosotras sacamos la leña, recogimos las semillas y transportamos la madera", dice con gran entusiasmo mientras recorre el bosque que ahora les pertenece y les abre una nueva fuente de ingresos. Con el aprovechamiento de los primeros cinco árboles estas mujeres lograron un ingreso de casi US\$ 200, suma que hasta hace unos años les parecía imposible.

### Una historia con sangre

La Carretera Interamericana atraviesa la comunidad de El Novillero en el Departamento de Sololá, siempre en el occidente de Guatemala. Desde la cima del bosque se divisa el paso de

cientos de vehículos, desde allí se ven diminutos. Pocos imaginarían que a la orilla del camino se teje una historia de lucha desde hace ya muchos años. Cuentan que un sacerdote estadounidense llegó hasta esta comunidad para impulsar un proyecto productivo a través de una Cooperativa. En pocos años, se había formado una cooperativa de gran tamaño, con muchos afiliados y tantos proyectos productivos

Algunos años después, cuando la paz parecía volver a esta tierra, los campesinos de esta región tomaron otra vez fuerza y esta vez decidieron crear una nueva agrupación que les permitiera recuperar lo perdido.

Así nació la Asociación Agropecuaria y Artesanal para el Desarrollo La Guadalupana en 1990, que en la actualidad cuenta con 70 asociados (50 hombres y 24 mujeres) y ha recu-

donde desarrolla un proyecto forestal ambicioso.

En ese bosque, don Pascual un hombre pequeño de casi 60 años y su compañero de aserrío, un muchacho de unos 30 años, invierten largas horas en preparar las trozas y darle forma a las piezas que luego llevarán hasta la sede central de la Asociación para su posterior proceso. Ellos son un ejemplo claro de cómo los socios se benefician de este proyecto a través de la generación de empleo. Hacen aserrío manual aunque saben que es más lento y costoso, pero esta es una forma de retribuir con el beneficio del trabajo a sus socios y a la comunidad. Mientras ellos realizan su trabajos, mujeres y niños caminan entre pinos y cipreses para recoger la leña que cada día calienta su hogar.

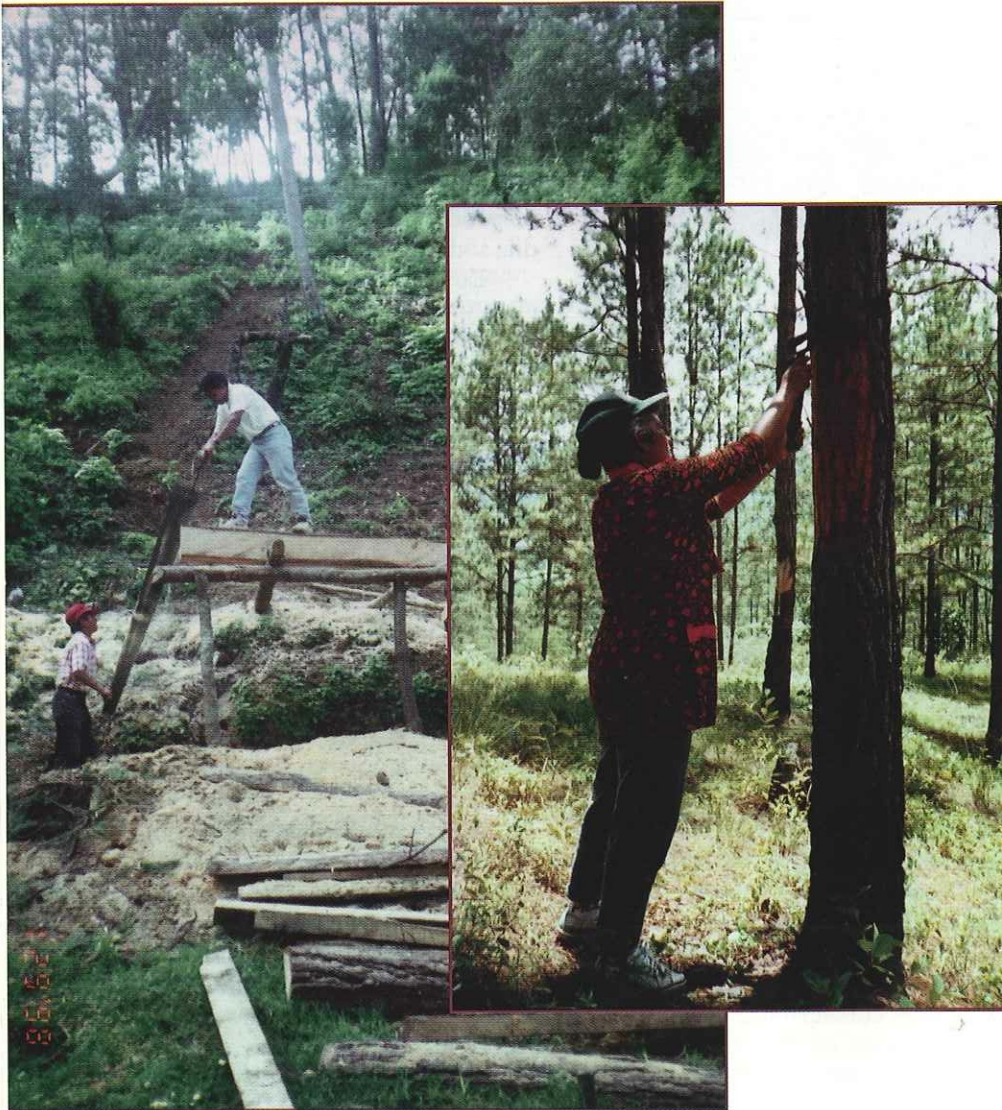
Aquí, los campesinos intentan cumplir con toda la cadena productiva: extraen la madera mediante aserrío manual (para generar más fuentes de empleo), tienen un vivero forestal con 30 000 plántulas (para la reforestación de las áreas aprovechadas y la venta), producen carbón y preparan la madera para abastecer de materia prima a su propia carpintería. Finalmente, llegan al mercado con sus muebles a los que les han conseguido una marca comercial bajo el nombre "Muebles ecológicos".

La Guadalupana es la más fuerte de todas las asociaciones de esta región y el mejor ejemplo de que los productores forestales tienen una oportunidad para salir adelante.

Al lado de su proyecto forestal han desarrollado también actividades complementarias como la producción de jaleas y mermeladas, deshidratados de frutas y salmueras. Solo en 1999, la Guadalupana logró ventas netas en su proyecto forestal de 151,000 quetzales (unos US\$20,000).

### Sembradores de bosque

Al igual que en otras partes del occidente guatemalteco, en Esquipulas Palogordo, un municipio del Departamento de San Marcos- casi en la frontera con México- el bosque es escaso. "Yo todavía recuerdo que allá arriba había bosque y no ve, ahora está todo pelado", dice Irneo López, un muchacho de 17 años que ya está preocupa-



como fue posible. Todo iba bien hasta que el cooperativismo se convirtió en una amenaza y en medio del conflicto bélico, muchos de sus líderes comenzaron ser secuestrados y a morir en forma violenta. El temor se apoderó de todos y el proyecto cooperativo se vino abajo. Los pequeños productores perdieron todo.

perado un 95% de las tierras y fincas que pertenecieron antes a los cooperativistas.

Miguel Angel Cochoy, el Gerente de Comercialización de La Guadalupana, explica que alrededor de la comunidad de El Novillero, la Asociación se ha preocupado por conservar un total de 90 hectáreas de bosque

do por el tema. Su preocupación lo llevó a involucrarse de lleno en un proyecto de concientización ambiental y después en la Asociación de Manejo de Areas Forestales de San Marcos (AMAF).

Irneo es un muchacho de tez blanca, bajito y un poco tímido. Sin embargo, habla con propiedad sobre la situación ambiental de su departamento y está convencido de que hay que trabajar duro para recuperar el tiempo perdido. Por esa razón está en AMAF. Trabaja en la carpintería que tiene la Asociación, un local pequeño

chueco", dice con pesar Alberto Barrios, uno de los miembros de AMAF.

Pese a esta limitación, esta microempresa forestal lucha por sobrevivir. Don Israel De León, el presidente del grupo, dice que no es la primera vez que tiene obstáculos. Desde 1994 cuando comenzaron a trabajar han sobrevivido a ellos. "Nuestra vida ha mejorado con este proyecto. Antes lo que hacíamos era viajar a la costa, ni siquiera pensábamos en tener una microempresa. Allí teníamos solo seis meses de trabajo y ahora es diferente", asegura don Israel.



que fue construido hace un par de años con el apoyo del Proyecto PROCAFOR. Ellos se dedican a preparar madera y "machimbre" (para cielos rasos); además cuentan con un vivero para sus planes de reforestación y venta.

Aunque el proyecto de AMAF era hacer manejo forestal- como lo dice su nombre- su proyecto se ha visto truncado porque ninguno de sus miembros cuenta con bosque. El único recurso forestal accesible es de propiedad municipal y ha sido difícil convencer al ayuntamiento o consejo municipal de que este grupo de trabajadores puede manejar el bosque.

"La gente no está de acuerdo con el manejo del bosque. No entienden que estamos haciendo lo posible por darle vida al bosque, porque si lo dejan así entonces va a morir. Prefieren vender árboles en pie y dejar lo más

Al igual que en los otros grupos, ha sido difícil convencer a todos los miembros de la comunidad de sumarse a esta iniciativa por eso sólo cuentan con 22 miembros, no todos activos.

### Uniendo esfuerzos

Hasta 1997 todos estos grupos trabajaban de forma independiente, pero ese año decidieron que uniendo fuerzas podrían obtener mejores resultados. Fue así como nació APROFOGUA.

Todo el esfuerzo está encaminado a mejorar la calidad de vida de las siete comunidades donde tienen acción estos proyectos, cuya meta es hacer un uso racional de los recursos naturales, específicamente la masa boscosa conífera de Guatemala por medio del establecimiento de microempresas rurales familiarizadas directa o indirectamente con el recurso bosque.

APROFOGUA tiene como finali-

dad guiar a sus asociaciones miembros por medio de capacitaciones, asesoría continua, cooperación técnica y administrativa, promoción del desarrollo social, económico, y educativo de sus asociados miembros mediante la ejecución de proyectos afines a la actividad forestal y frutícola,

Con altos y bajos, las siete agrupaciones de microempresarios forestales integradas en APROFOGUA tratan por todos los medios de sobrevivir. Según su presidente, Aurelio Chávez, estos grupos han entrado a un nuevo enfoque en el último año. Las preguntas que guían su trabajo en la actualidad son: ¿está ganando nuestra empresa? y ¿cómo hacer para mejorarla? A su juicio, las experiencias comunales anteriores han demostrado que el mercado y la comercialización de sus productos es el principal obstáculo para la sostenibilidad de proyectos productivos de este tipo.

Esta nueva modalidad de trabajo se enmarca también dentro de los planes del INAB. Dionidas Velázquez, representante de la organización en Quetzaltenango dice que los microproyectos son de interés para el INAB pues se enmarcan dentro del cambio de política institucional, donde la empresa privada juega un papel importante.

"Para nosotros es importante, porque las agrupaciones nos ayudan a controlar la extracción ilegal del producto. Ellos denuncian si saben que hay madera ilegal y contribuyen a controlar el problema. Nosotros a cambio, les apoyamos en su gestión de planes de manejo y facilitamos el proceso de trabajo", asegura el funcionario.

Wilfredo Villagrán, Coordinador del Proyecto Manejo y Utilización de Bosques de Coníferas de Guatemala de PROCAFOR, considera que una de las ventajas de esta nueva modalidad de trabajo a través de las microempresas es que se elimina la figura del intermediario, que hace algunos años era un desestímulo para el propietario.

Según Villagrán, la capacidad de gestión de las asociaciones integradas en APROFOGUA es fuerte. "Son grupos que tienen iniciativa, que buscan apoyo y que quieren diversificar sus fuentes de ingresos para aliviar al presión sobre el bosque".